ARTE, FICCIÓN Y COLECCIONISMO

Coincidiendo con una nueva edición de ARCO, en la que participan seis galerías mallorquinas, abordamos algunas de las cuestiones más espinosas de la creación plástica, como la mercantilización o el fraude, a través de sendos relatos de William Gaddis ('Los reconocimientos') y de Siri Hustvedt ('El mundo deslumbrante'). Así como la práctica del coleccionismo, uno de los puntales de la pervivencia del arte

Exhumación de un clásico subterráneo

La recuperación de 'Los reconocimientos', la monumental novela de William Gaddis que abre la puerta a la posmodernidad

Narrativa

POR **EUGENIO FUENTES**

■ Relata el *Times* de Nueva York, en su número del 28 de septiembre de 2003, que la familia de William Gaddis encargó para su lápida una sencilla inscripción en la que, además de su nombre y las fechas de nacimiento y muerte (1922-1998), figuran el apelativo familiar Papa, así, en castellano y sin acento, y como epitafio una cita de *Los reconocimientos*. Siendo el neoyorquino Gaddis narrador de conocida meticulosidad y sentido del humor rayano en el sarcasmo, es difícil adivinar cuál habría sido su reacción si hubiera descubierto que el cincelador del texto deslizó una errata en el título de su primera novela, *The Recognitions*, consignada para el camposanto como *The Recongnitions*.

Cabe suponer, en todo caso, que la intrusión de esa espuria ene habría sido aceptada por Gaddis como un quiebro más de los que el destino reservó a *Los reconocimientos* desde su publicación, en un volumen de 956 páginas, en 1955. Porque, en efecto, tras ser acogida con rechazo o vaga benevolencia por una crítica incapaz de leerla con atención en los plazos que marca el mercado cultural, la obra conoció una segunda vida al editarse en rústica en 1974. Si en 1955 Gaddis fue comparado con Joyce, pero sólo para sugerir que pretendía emularlo sin llegarle a la altura del tobillo, 20 años después era ungido con la elogiosa dignidad de "escritor experimental". Claro que para entonces hacía ya más de una década que Pynchon había empezado a romper el escaparate con *V.*, premiada por la Fundación Faulkner como mejor primera novela del año.

Los reconocimientos –que ahora exhuma Sexto Piso en la traducción, revisada, que Juan Antonio Santos hizo para Alfagura en 1987 y que desde hace años estaba descatalogada– fue subiendo peldaños con el tiempo, hasta acabar incluida en el canon anglosajón como una de las mejores novelas del siglo XX y ser rebautizada por Harold Bloom como el *Ulises* americano. Un clásico, pues, que, como tantos otros textos subterráneos, arrastra la coletilla de ser muy influyente y haber sido poco leído, característica esta que debe sin duda a su extensión, pero también al aura de novela erudita, compleja y, en suma, difícil de entender que le endilgaron aquellas 55 primeras críticas que, en 1955, la condenaron a ser carne de rebajas. Críticas, por cierto, desmenuzadas al vitriolo por Jack Green en *¡Despidan a esos desgraciados!* (1962), su genial intento de demolición del gremio de los reseñistas (Alpha Decay, 2012).

Los comienzos

Tras estudiar Literatura inglesa en Harvard, Gaddis trabajó un par de años en *The New Yorker* a la vez que se tropezaba en el Village con Ginsberg y Kerouac, que lo retrató en *Los subterráneos* como Harold Sand. No escribió las primeras páginas de *Los reconocimientos* hasta 1947. Parece ser que, en sus primeros compases, la concibió como una parodia fáustica de dimensiones más reducidas: la historia de un joven, Wyatt Gwydon, hijo de un reverendo calvinista y él mismo llamado a serlo, que a los 13 años demuestra su maestría como pintor con una asombrosa copia de *Los pecados capitales* de El Bosco y al que, tras el preceptivo viaje a Europa, la vida lleva a firmar un pacto con un marchante que le convertirá en la quintaesencia de los falsificadores. Para más detalles de esta trama entrópica, que en su mayoría se ambienta a finales de los 40 y principios de los 50, se pueden consultar numerosos resúmenes en internet.

WILLIAM GADDIS
Los reconocimientos
▶ Traducción de J. A. Santos
SEXTO PISO, 1.376 PÁGINAS, 35 €

Sin embargo, las modestas aspiraciones iniciales se engrosaron durante un viaje de cinco años que llevó a Gaddis por México, Centroamérica, España, Francia, Inglaterra y el norte de África. Un periplo en el que fue acumulando conocimientos y experiencias que acabaron en el morral de su novela. Muy relevante fue su estancia en la católica España, más de un año, donde contempló cuanta pintura quiso y, además, se embebió de estudios religiosos y mágicos. No es de extrañar así la reiterada aparición de escenarios españoles en *Los reconocimientos*, porque además fue en España donde, leyendo *La rama dorada*, descubrió que Fausto se inspira en Los reconocimientos, obra teológica del siglo III, de muy compleja composición, que pasa por ser la primera novela cristiana.

Regresado en 1951 a EE UU, Gaddis siguió dándole vueltas hasta 1954 a una sátira cuyos ejes son, pues, la falsificación y la religión, o, lo que es lo mismo, los conflictos generados por la búsqueda y la ocultación de la verdad. En una larga entrevista de 1986, el novelista explica cómo a partir de la idea del falsario fue germinando en su pensamiento el concepto de falsificación como mecanismo creador de realidad en un proceso de degradación de valores. Una anticipación, sin duda, de la teoría del simulacro, pero también un punto de partida para "un peregrinaje hacia la salvación" (Gaddis dixit) que halla su mejor reflejo en la denodada búsqueda de una verdad religiosa que lleva al padre de Wyatt, perdida su fe, a rastrear los antecedentes del cristianismo hasta reacomodarse en el culto mitraico.

Mercantilización del arte

Gaddis parte, pues, de un rechazo furibundo del derrotero social que adivina en la Nueva York de posguerra. Y no es extraño que, frecuentador de los círculos donde se cuece la vanguardia, recale en la pintura y la lleve al territorio de lo fáustico. No en vano la segunda posguerra mundial es el marco en el que el centro gravitacional de las artes plásticas se desplaza de París a Nueva York. Un tránsito que dispara la mercantilización del arte, dinamitando los últimos cimientos de un concepto llamado a diluirse en el pacto mefistofélico con el dinero mediante el remplazo de la búsqueda de la originalidad –que Gaddis, en un juego de palabras muy suyo, caracteriza como "el pecado original de Satán"– por el hallazgo de la cotización. No obstante, y contrariando la desesperanza que le atribuyen muchos críticos, Gaddis pone de manifiesto que en *Los reconocimientos* está implícita la posibilidad de un renacimiento, en el más cristiano sentido del término, tras atravesar paisajes de corrupción.

PASA A LA **PÁGINA SIGUIENTE** ▶